SINESIO DELGADO

La infanta de los bucles de oro

CUENTO INFANTIL

EN CUATRO CUADROS, EN VERSO, ORIGINAL

MÚSICA DE

JOSÉ SERRANO

Representado
por primera vez
en el
TEATRO DE LA ZARZUELA
el día 6 de Enero
de 1906.



MADRID
Hijos de M. G. Hernández.
Libertad, 16 dup.º
1906



A su amigo Manuel Suarez Jacob

Sinesio Delgado



intelígente y amabilísimo empresario D. Jacobo

Sinesio Delgado

SINESIO DELGADO

La infanta de los bucles de oro

CUENTO INFANTIL

EN CUATRO CUADROS, EN VERSO, ORIGINAL

MÚSICA DE

SÉ SERRANO

Representado
r primera vez
en el
TEATRO
LA ZARZUELA
día 6 de Enero
de 1906.



IADRID
M G. Hernández.
tad, 16 dup.º
1906

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Palmira...............	D.ª Lucrecia Arana.
Una Vieja...............	
Blanca...............	» Consuelo Mayendía.
Un Paje...............	» Pilar Sigler.
El rey Florián.	D. Pablo Arana.
Tonín...............	» Ernesto Ruiz de Arana.
El príncipe Mirto.......	» Vicente S. del Valle.
El príncipe Lauro.......	» Juan Román.
El príncipe Girasol	» Emilio S. Cánovas.
Mayordomo...............	» Ernesto Hervás.
Chambelán...............	» José Galerón.

Aldeanas, palaciegos, magnates, esclavas, damas de la corte, guerreros, guardias y pajes.

La acción en el país de los sueños. Los trajes deben ser parecidos á los que se usaban en la Provenza en la época de los trovadores. Derecha é izquierda las del actor mirando al público.



ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Cocina de una aldea. Bancos y taburetes convenientemente repartidos. Puerta grande en el foro izquierda. Ventana en el foro derecha. Es de noche.

ESCENA I

UNA VIEJA, sentada cerca del fogon, con la rueca y el huso, preside la velada. En el resto del escenario grupos de aldeanas, viejas y jóvenes, cosen ó hilan. BLANCA hila también formando parte de un grupo en primer término.

Música.

(Óyese lejano el fragor de la tempestad.)

MUJERES. Oíd cómo los truenos
retumban en la sierra
y al retumbar parecen
gemidos de la tierra.
¡Infeliz del que ahora
navegue por el mar!
¡A los abismos hondos
la muerte va á buscar!

HOMBRES. (Dentro.) De las altas cumbres
el alud desciende,

salta por los riscos
y los troncos hiende;
negros nubarrones
empuja el ciclón,
sotos y cañadas
inunda el turbión.

(Algunas aldeanas se acercan á la ventana al oir las voces de fuera. Las demás suspenden también las labores y prestan atención.)

MUJERES. Oíd los crujidos
de ramas y troncos
en ecos perdidos
lejanos y roncos.

HOMBRES. (Dentro.) ¡Gañanes y pastores!
¡andad, corred, venid!
Dejemos las labores.
Oíd, oíd, oíd...

VIEJA. Vaya, hijas mías, mientras el viento
silba en la sierra,
recemos todas por los viajeros
de mar y tierra.

(Las que se habían levantado tornan á ocupar sus asientos, pero sin reanudar sus labores.)

Padre nuestro que estás en los cielos...
(Siguen en voz baja.)

CORO. Padre nuestro que estás en los cielos...

(Siguen también en voz baja. Óyese sólo el murmullo de la oración acompañado por la orquesta.)

Hablado.

VIEJA. Parece que se aleja.

BLANCA. Sí; se aleja.
Siga, siga contando la conseja.

VIEJA. No es conseja ni es cuento, que es historia
¿En qué estaba? La pícara memoria
ya me va abandonando. ¡Soy tan vieja!

BLANCA. En que el niño Manolo era un diablejo...

VIEJA. ¿Cómo diablejo? ¡No! Desde chiquito
era un ángel de Dios; el más bonito
de todos los chiquillos del concejo.
Todo el mundo en la aldea le quería.

Ganábase cariño y simpatía
con su atractivo sólo,
y por esto la madre de Manolo
¡calculad lo orgullosa que estaría!
Pues bien, este cariño
que todo el mundo le tenía al niño
excitó contra él la sorda rabia
de una bruja muy sabia
que habitaba en el monte, donde ahora
ruge la tempestad atronadora.
Y la asquerosa vieja de dos siglos
pensó el modo de hacer un atropello,
porque brujas, y duendes, y vestiglos,
por lo feos que son, odian lo bello.
Una noche como ésta
escogió la malvada,
con la maldita escoba preparada,
para lograr su pretensión funesta;
y el pobre Manolito, que dormía
en su humilde cunita de madera,
por los aires voló, sin que pudiera
saberse nada de él al otro día.
Loca la madre de dolor, en vano
le buscó por el monte y por el llano
regando con su llanto los caminos
de los pueblos vecinos...
Tanto lloró y rezó, y era tan buena,
que Dios, compadecido de su pena,
se apareció una vez durante el sueño
y la dijo:—No llores, Magdalena;
las brujas se han llevado á tu pequeño,
pero yo estoy contigo
y anularé el poder de tu enemigo.
Y en brazos de un querube,
cabalgando veloz sobre una nube,
cruzó tierras extrañas,
valles, ríos y mares y montañas,
y en una noche lóbrega y sombría
se encontró de repente
en un barranco inmundo y pestilente
del aquelarre en la infernal orgía.
Pidió fuerzas á Dios contra el hechizo,
rompió la gran caldera en mil pedazos,

el concurso rugiendo se deshizo
y quedó sola, con su niño en brazos.
Tornó á la aldea á pie, miles de miles
de leguas, sin abrigo ni bagaje,
marchitando sus gracias juveniles
en las fatigas de tan largo viaje.
Y ansiosa de llegar, sin saber cuándo,
pobre, hambrienta, aterida, fué cruzando
grandes llanuras, empinadas crestas,
¡alegre siempre con el hijo acuestas!...
Ya veis, pues, por la historia de Manolo
que el amor maternal es grande y solo.
¡Cualquiera madre, idólatra ó cristiana,
con la fe ó sin la fe, noble ó villana,
por sus hijos al diablo desafía,
y de vencer al diablo está segura!

BLANCA. ¿Cualquiera? ¡No es verdad! ¡Menos la mía!

VIEJA. ¿Qué dices, criatura?

BLANCA. Que la mía .. ¡qué había de hacer eso
si, siendo yo chiquita,
me abandonó á la puerta de la ermita
y no ha venido nunca á darme un beso!

ESCENA II

DICHAS, TONÍN. Al final EL MAYORDOMO Y SEIS PALACIEGOS

Música.

TONÍN. (Dentro.) Angeles del cielo,
dadme vuestras alas;
¡pasos de ladrones
siento á mis espaldas!
Vienen á robarme
lo que yo más quiero...
¡dadme vuestras alas,
ángeles del cielo!

BLANCA. ¡La voz de Tonín!
¿Qué le pasará?

TONÍN. ¡Abrid, por favor!

CORO. ¡El nos lo dirá!

(Todas las aldeanas se levantan, una de ellas abre el portón y entra Tonín jadeante y descompuesto.)

VIEJA. ¿Qué te pasa, muchacho?

TONÍN. Una desgracia, abuela,
que atenazando el alma
me aflige y desconsuela.

VIEJA. ¿Qué es?

TONÍN. Entre los horrores
de la inundación
siete encapuchados
llegan al mesón
y á quien está allí
por Blanca preguntan.

BLANCA. ¿Por mí?

TONÍN. Por ti.

CORO. ¿Sí?

TONÍN. Dicen que han venido
á buscarte aquí
de parte de quien tiene
autoridad bastante
para mandar en ti.

BLANCA. Esos hombres, Tonín,
no dijeron verdad.
¡Nadie tiene poder
sobre mi voluntad!

TONÍN. Es que si me dejas,
amor de mi vida,
seré para siempre
maldito de Dios.
Si estás decidida,
ó tú no te marchas,
ó vamos los dos.

CORO. No habrán de llevarla
los que han de venir,
porque aunque ella quiera
no podrá salir.

(Óyense golpes ó aldabonazos dentro.)

VIEJA. Ellos son.

MAYORD. (Dentro.) ¡Abran el portón!

BLANCA. ¿Quién vendrá á buscarme?

TONÍN. Tiemblo de emoción.

CORO. ¡Duendes son!

¡ay de mí!
los que llaman así.

(Agrúpanse todos en torno á la Vieja, en la parte derecha del escenario.)

MAYORD. (Dentro.) ¡Abrid, voto va!

(Repítense los golpes.)

TONÍN. Romperán la puerta.

VIEJA. Pues ábreles ya.

TONÍN. (Dirigiéndose tembloroso hacia el portón.)
Abriré.
¡No hay aquí
salvación
para mí!

(Abre y entran El Mayordomo y seis palaciegos, que avanzan y forman grupo á la izquierda.)

MAYORD. Salud, buena gente.

PALACIEG. Salud.

CORO. Salud

MAYORD. Dios os dé perpetuamente
alegría y juventud.

VIEJA. Decid pronto, caballero, á quién buscáis
y por qué en la casa ajena
atrevido penetráis.

MAYORD. Busco á una joven
que de chiquita
junto á una ermita
abandonada fué.
No sé si es fea
ni si es hermosa,
pero dichosa
desde hoy va á ser.

BLANCA. (Adelantándose.)
¡Esa soy yo!

MAYORD. Pues sois hermosa
y mi suerte bendigo.
Vengo á llevaros conmigo.

TONÍN. (Adelantándose también.)
¡Eso no!

CORO. Si ella no quiere,
si no desea
dejar la aldea,
dejadla vos en paz.

V., B. Y T. Váyase pronto

que nadie tuerce
su { mi } voluntad.

MAYORD. Cumplo una misión.

VIEJA. Tendrá la doncella
nuestra protección.

TONÍN. No se van,
¡ay de mí!
¡Se la llevan de aquí!

BLANCA. Si no lo decís más claro,
si intentáis un atropello,
pediremos el amparo
de la ley.

VIEJA. Pagaréis vuestra osadía.

BLANCA. Decid ya quién os envía.

MAYORD. (Solemnemente.)
¡Es orden del rey!

(Todos se inclinan humildemente.)

CORO. ¡Orden del rey!

TONÍN. Esa orden maldecida
los anhelos de mi vida
á tronchar vino por fin.

BLANCA. ¡Pobre Tonín!

CORO. Es inútil resistencia.

BLANCA. Al rey debo la obediencia.

MAYORD. Vamos.

(El mayordomo y los palaciegos retroceden hacia el portón. Blanca intenta seguirlos. Tonín la detiene.)

TONÍN. ¡Nunca!

VIEJA. (Apartándole.) ¿Dónde vas?

BLANCA. (Al Mayordomo.) Vamos, pues,

TONÍN. ¡Ay de mí!

CORO. ¡Dura ley!

BLANCA. ¡Triste amor!

(Blanca se despide de la Vieja abrazándola; el coro la ve marchar con pena. Cuando llegan ya cerca de la puerta, Tonín corre á detenerla de nuevo y la separa violentamente de la comitiva.)

TONÍN. ¡Ay, Blanca de mi vida!
me muero de dolor,
pero no habrá quien pueda
vencer á nuestro amor.
No nos separemos,

que yo te sigo;
mi corazón amante
se va contigo.

BLANCA. (Abrazándole.) ¡Mi alma también
se queda aquí!

MAYORD. Vamos, pues.

TONÍN. ¡Ay de mí!

BLANCA. ¡Triste amor!

CORO. ¡Dura ley!

MAY. Y PAL. ¡Se ha cumplido la orden del rey!

(El Mayordomo, Blanca y la comitiva trasponen el umbral del portón. La Vieja, Tonín y el coro los despiden sollozando. Telón de cuadro. Mutación.)

CUADRO SEGUNDO

Salón del trono en el palacio real. El trono con dos sillones, sobre una grada y bajo dosel, en el centro del fondo.

ESCENA III

EL PRÍNCIPE LAURO. EL PRÍNCIPE MIRTO y EL PRÍNCIPE GIRASOL salen por la segunda derecha tras EL MAYORDOMO. Están en escena formando grupos, en segundo término, cortesanos y palaciegos civiles y militares, todos con trajes de corte ricos y vistosos. Dos soldados con casco, coraza y lanza custodian el trono.

Hablado.

MAYORD. Señores, pasad. La corte
al salir de la capilla
vendrá aqui, y éste es el sitio
que en el acto se os destina.
(Señalando al primer término derecha, donde se agrupan los cuatro.)

MIRTO. ¡Con tal que la ceremonia
no sea un poco aburrida!

LAURO. Lo será, porque es solemne

GIRASOL. ¿Cómo es la infanta?

MAYORD. Muy linda.
Un verdadero capullo
de rosa de Alejandría
con el perfume del monte
donde se crió entre espinas.
Ya, ya veréis.

MIRTO. Y ¿qué causas
la alejaron desde niña
de palacio?

MAYORD. ¡Causas graves!

¡razones de alta política!
Pero ¿no sabéis la historia?

MIRTO. Yo no.

LAURO. Ni yo.

GIRASOL. Ni noticias.

MAYORD. Pues, señor, éste era un rey...

LAURO. Sí, que tenía tres hijas;
ya conocemos el cuento,
¿verdad?

GIRASOL. ¡Vaya una salida!

MAYORD. Pero no es ése; y perdonen
sus altezas serenísimas.
El rey de mi cuento era,
mejor dicho, es todavía
el monarca á quien ahora
honráis con vuestra visita.

MIRTO. ¿El viejo Florián?

MAYORD. El mismo;
varón de genio y de fibra.
rápido en sus decisiones
y tenaz para cumplirlas.
Tuvo un hijo, sólo un hijo,
que fué su orgullo y su dicha;
noble, apuesto, fuerte, ¡hermoso
como una estatua de Fidias!

GIRASOL. Basta; si con esos vuelos
os dais á la poesía,
va á ser la historia más larga
que la historia de Fenicia.

MAYORD. Pues voy al asunto. El príncipe
que el trono heredar debía,
era prudente y discreto...
pero el amor es semilla
maravillosa, que prende
con la violencia misma
en los ásperos peñascos
que en la arena movediza;
y ante él olvidó el mancebo
prudencia y sabiduría
y olvidara la corona
cuando llegara á ceñirla.
Prendóse de una doncella
de su regia estirpe indigna,

pero grandemente hermosa
y tan fieramente altiva
que siempre opuso la valla
de su indomable energía
á toda unión que no fuese
en los altares bendita.

LAURO. ¡Rara mujer!

MAYORD. La aventura
del rey excitó las iras,
del príncipe los deseos
y de las damas la envidia,
y más cuando, tras el choque
de las dos fuerzas distintas,
la terquedad del monarca
y aquella pasión bravía,
rompió el amante por todo...

MIRTO. Basta; el final se adivina:
se casaron en secreto,
y aquí el cuento finiquita
como todos.

MAYORD. Perdonadme,
aquí la historia principia.
Como esos son los amores
que más pronto fructifican,
quiso Dios...

GIRASOL. Está entendido.
Esa niña...

MAYORD. Sí; esa niña
de aquella hermosa plebeya
y de aquel príncipe es hija.
Furioso el rey al saberlo,
como un ave de rapiña
cayó sobre el blando nido,
que encontraron sus espías,
mandó al príncipe á una torre
con centinelas de vista
y que á la niña dejasen
á la puerta de la ermita
de una miserable aldea,
entre montañas perdida.

LAURO. ¿Y la madre?

MAYORD. De ella nada
se dijo, ni hay quien lo diga,

que las órdenes secretas
del rey no son para dichas.
Pasó tiempo, muchos años,
en lucha sorda y continua
entre el rey y el heredero:
dos almas de roca viva,
dos voluntades de bronce
ni domadas, ni vencidas.
Nunca perdonó el monarca,
ni tuvo el joven noticias
de la suerte de la madre
ni el destino de la hija.
Cuantas bodas le brindaron
por conveniencia política
rechazó tenaz y terco,
y murió con la sonrisa
de la venganza en los labios.

MIRTO. ¿Qué venganza?

MAYORD. Muy sencilla:
viejo el rey, vacante el trono
á su muerte, se aproxima
la guerra civil, sangrienta,
cruel... ¡la nación peligra!

MIRTO. Es verdad.

MAYORD. Así lo entiende
el rey. Por eso claudica
y al hijo muerto prepara
la satisfacción tardía.
El matrimonio secreto
se reconoce y publica,
en la miserable aldea
se busca á la pobre niña,
se la presenta y declara
como heredera legítima,
y de esa manera el reino
del grave riesgo se libra.
Para eso os llaman, señores;
para casarla en seguida
con cualquiera de vosotros
y echar á la dinastía
nuevos y firmes cimientos...

GIRASOL. ¿Será con el que ella elija?

MAYORD. Sin duda.

GIRASOL. Vamos, entonces
será mía.
LAURO. Ó mía.
MIRTO. Ó mía.
(Óyese dentro la voz de Tonín, que al parecer disputa con los guardias, que le cierran el paso. Sale por la segunda derecha un Paje, que se dirige precipitadamente hacia el Mayordomo.)

ESCENA IV

DICHOS, UN PAJE. Luego TONÍN.

MAYORD. ¿Qué pasa?
PAJE. Que un aldeano
quiere entrar; patea y grita
y los guardias no consiguen
obligarle á que desista.
Dice que tiene derecho
á que aquí se le reciba.
MAYORD. ¿No sospechas que esté loco?
GIRASOL. ¿O que no lo esté, y lo finja?
MIRTO. (Al Mayordomo.) Disponed que le veamos;
tal vez sea divertida
su locura.
LAURO. A mí me encantan
los locos.
MAYORD. (Al Paje.) Que le permitan
la entrada. (Vase el Paje segunda derecha.)
MIRTO. De esa manera
si tarda la comitiva
la espera se hará más corta,
que abrevia el tiempo la risa.
TONÍN. (Entrando.) ¿Dónde está el rey?
MAYORD. ¡Eh! ¿Qué es eso?
¡Merecen más cortesía
y respeto los presentes!
TONÍN. Perdonad, me corre prisa
ver al rey.
MIRTO. (Á los otros.) ¡Claro que es loco!
TONÍN. Vengo á pedirle justicia.

MAYORD. ¿Contra quién?
TONÍN. Contra el rey mismo.
LAURO. (Á Mirto.) Locura es.
MIRTO. (Á Lauro.) Ú osadía.
MAYORD. Espera; yo te conozco.
Te vi una noche en la misma
choza de una pobre vieja
donde estaba recogida
mi señora doña Blanca.
TONÍN. Allí estuve, y aquel día
empezó mi desventura.
MAYORD. ¿Qué quieres?
TONÍN. Que el rey me diga
por qué me quitó mi dueño,
que fué quitarme la vida.
MAYORD. ¡Villano!
GIRASOL. (Al Mayordomo.) Dejadle. (Á Tonín.) Sigue.
Es un rival. (Á los otros príncipes.)
TONÍN. Ella es mía
y me ha jurado mil veces
que lo será mientras viva.
LAURO. (Riéndose.) Y rival afortunado.
MIRTO. (Idem.) Sí; nos ganó la partida.
MAYORD. ¡Desdichado! pero ¿sabes
lo que dices? ¿No imaginas
quién es?
TONÍN. ¿Ella?
MAYORD. ¡La heredera
del trono! ¡La que algún día
será reina!
TONÍN. ¡Qué! ¿La reina?
¿Mi Blanca? ¿Mi...? (¡Dios me asista!)
(Aparece un Chambelán por la primera izquierda.)
CHAMB. Señores, ¡el rey!
MAYORD. Ya llegan,
¡vete pronto!
GIRASOL. ¡No! que siga
aquí, que es un pretendiente
como nosotros. ¿No había
un bufón para la fiesta?
Pues que de bufón nos sirva.
¡Quédate! (A Tonín.)
TONÍN. (¡La reina!)

MAYORD. (A Tonín.) Pena
de muerte si hablas ó miras.
(Todos, incluso los palaciegos, se agrupan á la derecha. En primer término los príncipes y el Mayordomo ocultando á Tonín entre ellos. Por la primera izquierda aparece la comitiva regia.)

ESCENA V

DICHOS. EL REY, BLANCA. DAMAS, PAJES, GUARDIAS.

Música.

(Rompen la marcha ocho pajes formados en dos filas que se dividen al llegar al fondo, quedando cuatro á cada lado del trono. Salen después diez y seis guardias con casco, lanza y coracina, que hacen lo mismo; detrás de ellos un paje que conduce sobre un almohadón el cetro y la corona; luego el Rey y Blanca, ésta ricamente ataviada conforme á su jerarquía, y por último, las damas de la corte. Blanca y el Rey siéntanse en el trono; las damas avanzan hacia él lentamente, hacen una reverencia y continúan siempre en dos filas hasta colocarse todas á la izquierda.)

CORO. Salud al descendiente
de reyes poderosos
que fama de prudente
al mundo legará.
Salud á la doncella
que va á heredar el trono.
El reino todo ante ella
á prosternarse va.

REY. Mis nobles vasallos, guerreros, magnates,
oíd y sabed:
Del príncipe muerto es hija esta dama.
Por reina futura la ley la proclama.
¡De hinojos caed!
(Todos se arrodillan. Entre el murmullo de la corte se oye la voz de Tonín como un lamento.)

TONÍN. Angeles del cielo,
dadme vuestras alas,

caigo deslumbrado
por las regias galas.
Sólo huyendo de ella
puedo hallar consuelo;
¡dadme vuestras alas,
ángeles del cielo!

BLANCA. Es el deseo que no me engaña;
su voz oí.
Vibran los ecos de la montaña
cerca de mí.

(Se levanta sin saber lo que hace, y mientras Tonín canta lo que sigue, se va acercando lentamente al grupo de palaciegos en que él se encuentra, como arrobada y atraida por la voz.)

TONÍN. Angeles del cielo,
dadme vuestras alas,
caigo deslumbrado
por las regias galas.

(Blanca ve á Tonín y sin poderse contener exclama:)

BLANCA. ¡Mi Tonín!

(Tonín se levanta y forcejeando con los que intentan detenerle pretende aproximarse á Blanca.)

TONÍN. ¡Mi Blanca!
REY. ¿Qué pasa? ¿Quién es?
CORO. ¡Debe el atrevido
morir á sus pies!

(Tonín vence por fin á los que le sujetan, llega hasta Blanca y ambos se abrazan y extasían como si estuviesen solos.)

TONÍN. ¡Reina, mi reina!
¡mía serás!
BLANCA. ¡Tuya! ¡tu reina!
¡tuya no más!

(El Rey, que ha bajado del trono, se interpone furioso y los separa bruscamente.)

REY. ¡Locura insensata!
LOS PRÍN. ¡Lucido papel!
REY. ¡Encerradle pronto!
BLANCA. ¡Perdón para él!

Cortesanos y guardias se arrojan sobre Tonín y casi arrastras se lo llevan por la derecha. Blanca se apoya casi desvanecida en el brazo del Rey, que la contempla con fiereza y asombro.)

Coro. ¡Fuera en seguida!
¡Fuera de aquí!
El pobre loco
debe morir.

Mutación.

CUADRO TERCERO

Telón corto. Cámara. Puerta en el fondo cubierta por un tapiz.

ESCENA VI

EL REY, BLANCA. Luego EL MAYORDOMO.

REY. (Dentro.) No necesito á nadie. Quiero hablarla.
(Salen por el fondo. El Rey avanza sosteniendo á Blanca que sigue apoyada en él como al final del cuadro anterior.)
Ven, Blanca mía, ven. Ningún secreto
para mí has de tener. Dímelo todo.
¿Quién es ese aldeano, loco ó necio,
que ante la corte avergonzarme ha osado?
(Pausa.)
¿Callas?

BLANCA. Señor...

REY. ¿Ha sido allá en el pueblo
tu criado tal vez? (Pausa.) ¿Por qué le hablaste?
(Pausa.)
¿No contestas?... ¡Me asusta tu silencio!
Con él me dices lo que no quisiera
saber y ya lo sé. No pudo el tiempo
vencer mi sino, y á la tumba misma
me persigue fatídico y siniestro.
Contra mi voluntad, contra las leyes
se alzó el amor, á trastornar mis reinos,
y vencido en tu padre, en ti retoña...
¡Pobre de ti! ¡Le venceré de nuevo!

BLANCA. No podréis. El amor es el más fuerte.

REY. ¡Más fuerte que yo... nadie! Vas á verlo.
¡A mí pronto! (Alzando el tapiz.)

MAYORD. (Apareciendo.) Señor.

REY. Decid que vengan

los príncipes aquí.

BLANCA. ¿Qué pensáis?

REY. Esto:
á pretender tu mano, admiradores
de tu virtud, tres jóvenes vinieron.
Los tres han de ser reyes. Es preciso
que seas pronto esposa de uno de ellos.

BLANCA. Ved, señor...

REY. Nada más. Así lo exigen
del Estado la paz y el honor nuestro.

BLANCA. ¿Pero yo he de escoger?

REY. A quien quisieres.
y en cuanto digas «¡ese!» el prisionero
quedará en libertad. Si á nadie eliges,
al zagalillo de una almena cuelgo.

BLANCA. Cumpliré mi deber. Vengan si quieren.

REY. ¡Bien está!

MIRTO. (Alzando el tapiz.) ¿Nos llamabais?

REY. Os espero.

(El rey y Blanca se colocan á la izquierda. Entran los príncipes Lauro, Mirto y Girasol, uno tras otro; saludan respetuosamente y se colocan á la derecha.)

ESCENA VII

EL REY, BLANCA, LAURO, MIRTO, GIRASOL.

REY. El lance, señores, que habéis presenciado
y más que á vosotros me apena y aflige,
y el grave peligro que corre el Estado
si pronto mi nieta su esposo no elige,
la audiencia anticipan que os he prometido.
Aquel de vosotros que fuere elegido
del trono á mi muerte será el heredero.

MIRTO. Me ofrezco á la dama y acato su fallo.

LAURO. Yo espero y me callo.

GIRASOL. Yo callo y espero.

REY. Tú, Blanca, decide La franca respuesta
que el alma te dicte también será mía;
su suerte dos reinos en ti tienen puesta
y acaso la historia te juzgue algún día.

(Pausa. El Rey presenta á Mirto. Este se adelanta un poco.)

El príncipe Mirto. De estirpe de reyes,
muy diestro en las armas, muy docto en las [leyes,
galán en las fiestas y bravo en las justas.
Si á él concedieres la mano de esposa,
podrás ser dichosa.

(Blanca, que no ha mirado ni por casualidad á los príncipes desde que entraron, avanza hasta Mirto, le examina de arriba abajo con insolencia infantil y dice:)

BLANCA. ¿A ver?... ¡No me gustas!

MIRTO. Señora, en amores no tengo arrogancia.
¿No os gusto? ¡No importa! Confío en venceros.
Contrarios más fieros
venció la constancia.

(Hace una reverencia y vase por el foro. Se adelanta Lauro.)

REY. El príncipe Lauro. Floridos vergeles
extensos y ricos serán sus Estados,
sin torpes intrigas ni guerras crueles,
que allí no hay magnates y allí no hay sol- [dados.
Sus pueblos le tienen amor verdadero.
Si el tuyo tuviera tan hondas raíces,
podéis ser felices.

BLANCA. (Como antes.) ¿A ver? ¡No le quiero!

LAURO. Paciencia, señora. Mas vuestro desvío
lo mismo me importa que á vos os importo,
y torno á mis lares sin fuego y sin frío.
Ni rabio, ni río,
ni pincho, ni corto.

(Saluda y vase. Se adelanta Girasol.)

REY. Girasol insigne. Su imperio es tan fuerte
que es árbitro y dueño del mar y la tierra.
Millares de esclavos irán á la muerte
si en son de conquista los manda á la guerra.
Su ejército invicto, su innúmera flota
jamás han probado lo que es la derrota
y están de batallas sus códices llenos.
Tendrás, si á su solio con él te levantas,
el mundo á tus plantas.

BLANCA. (Como antes.) ¿A ver?... ¡Este menos!

GIRASOL. ¿Qué es eso? ¿Qué dice?
REY. ¿Qué has hecho, hija mía?
BLANCA. Abuelo, mi gusto, que aquí es soberano.
GIRASOL. Pues vendré, en castigo de tal felonía,
á tomar por fuerza, no á pedir su mano.
Rey Florián, escucha. Cubre tus fronteras;
rotas nuestras paces quedan desde ahora
y el demonio lucha bajo mis banderas.
(A Blanca.) Volveré, señora.
BLANCA. (En son de reto.) Vuelve cuando quieras.
(Vase Girasol sin saludar.)

ESCENA VIII

EL REY, BLANCA. Al fin, EL CHAMBELÁN.

REY. Eso es imposible, Blanca.
Vuelve en ti, medita, piensa
que es la desdicha del reino
lo que nos trae tu respuesta.
BLANCA. ¿Del reino? ¡Mi amor es antes!
REY. Así á muerte le condenas.
BLANCA. Vivo le tendré en el alma
y no hay quien le arranque de ella.
REY. No ceñirás la corona.
BLANCA. Sin él me abruma y me pesa.
REY. Asolarán mis Estados
los horrores de la guerra.
BLANCA. Mi corazón desde ahora
también asolado queda.
REY. No será. Dios no lo quiere.
BLANCA. Será. ¡Aunque Dios no lo quiera!
REY. Tu padre en ti resucita.
BLANCA. De él heredé la firmeza.
REY. El murió por no rendirse.
BLANCA. Antes que rendida muerta.
REY. Soy fuerte aún.
BLANCA. Yo más fuerte.
REY. ¡Insensata! ¿Qué es tu pena
ante la salud del pueblo?
BLANCA. ¿Qué son las luchas sangrientas,

las desgracias, los dolores
de la humanidad entera
ante mi amor, que es más grande
que todo?

REY. Blanca, eres terca.

BLANCA. Como vos.

REY. Firme y altiva.

BLANCA. Siento en mí la sangre vuestra.

REY. Pero á la fuerza te rindo.

BLANCA. Rey y señor... ¡ni á la fuerza!

(Aparece el Chambelán en la puerta del foro.)

CHAMB. Perdón, señor; una anciana
pide veros con urgencia.

REY. ¡No permitáis que entre nadie!

CHAMB. Jura que al reino interesa
lo que tiene que deciros.

REY. ¿Es bruja?

CHAMB. Tal vez lo sea
si se juzga por la traza.

REY. Que entre.

(El Chambelán levanta de nuevo el tapiz para dejar paso á la Vieja que figuró en el primer cuadro.)

CHAMB. Pasad.

VIEJA. (Entrando.) Con licencia.

(El Chambelán se retira.)

ESCENA IX

EL REY, BLANCA, LA VIEJA.

VIEJA. Sabio rey, á vuestras plantas.

REY. Alcese y diga la vieja
qué la trae.

VIEJA. Vengo de lejos
á causa de esa doncella.

BLANCA. ¿Por mí dice? (Fijándose y reconociéndola.)
¡Ah, vos!

(Se adelanta rápidamente y la abraza con efusión.)

REY. ¿Qué es esto?

BLANCA. Señor, es la que en la aldea
me recogió, cuando todos

me abandonaron; por ella
vivo, y á buscarme viene.
Amparadla y atendedla.

REY. (Á Blanca.) Tendrá en palacio aposento.
(A la Vieja.) ¿Qué más quieres?

VIEJA. No es la idea
sola de estar á su lado
la que me ha traído á verla.
Es que hasta aquel rinconcito
del monte llegaron nuevas
de que á la infanta en la corte
graves peligros rodean,
y por apartarla de ellos
anduve á pie muchas leguas,
que quien la cuidó de niña
debe ampararla de reina.

REY. ¿Qué dices, bruja?

VIEJA. Que dicen
que á casarla vais por fuerza
sin reparar que en el alma
la imagen de un hombre lleva,
y quien la ha salvado viene
ante vos á defenderla.

REY. Maldita, por ella solo
no te hago arrancar la lengua.

BLANCA. (Á la Vieja.) Pero podréis...

VIEJA. (Á Blanca.) Tú no sabes
lo que yo puedo. ¿Te acuerdas
de que la noche en que fueron
á buscarte á mi vivienda,
mientras tronaba y rugía
en el monte la tormenta,
yo os contaba...

BLANCA. (Interrumpiéndola.) Sí; me acuerdo.
Probabais en la conseja
que es el amor de las madres
el más grande de la tierra.

VIEJA. Y tú ¿qué dijiste?

BLANCA. Dije
que la mía no era buena,
porque á la puerta de un templo
me abandonó de pequeña
y nunca vino á besarme.

REY. ¡No podría, aunque quisiera!
VIEJA. (Al Rey.) ¡Quién sabe!
(Á Blanca.) Bien pudo, cuando
todos la daban por muerta,
vivir á tu lado, oculta
con disfraz de lugareña,
para que sus enemigos
sus planes no sorprendieran,
y velar por ti, y besarte
mil veces.
BLANCA. ¿Eh? ¡Qué sospecha!
¿Sería mi madre acaso
una aldeana de aquéllas?
VIEJA. ¿No lo adivinaste?
REY. (A la Vieja.) ¡Basta!
Me harás perder la paciencia
con tus cuentos. Vete pronto
y en paz á la infanta deja.
VIEJA. No puedo, señor. Me manda
el corazón defenderla.
REY. ¿Por qué crees que desde ahora
necesita tu defensa?
VIEJA. Porque vos, sabio monarca,
no conocéis á la vieja;
pero mirad y decidme
si recordáis quién es ésta.

(Se despoja del sayo negro que la cubre de arriba abajo y del tocado que ensombrece su cara y queda convertida en una mujer hermosa y joven, lujosamente ataviada, que se yergue ante el Rey con altivez majestuosa. La transformación ha de hacerse con naturalidad y la lentitud precisa para que no parezca ni quiera parecer cosa de magia. Ropas y tocados los arroja dentro alzando el tapiz del fondo.)

REY. ¡Vos! ¡La esposa de mi hijo!
VIEJA. Y aunque no queráis... ¡princesa!

(La Vieja transformada toma desde este momento el nombre de Palmira, que es el verdadero del personaje.)

Música.

BLANCA. ¡Es mi madre! ¡mi madre!

(Se abrazan ambas. El Rey, furioso, vase por el fondo diciendo:)

REY. ¡El diablo la ha traído!

PALMIRA. ¡Ingrata! y hasta ahora
no te lo dijo
tu corazón.

BLANCA. Por eso, madre mía
de mi pecado
pido perdón.

PALMIRA Ya ves ahora
que en su conseja
no te engañaba
la pobre vieja
y por el hijo de sus entrañas
no hay una madre que no consiga
secar los mares y hundir montañas.

BLANCA. Perdón te pido,
madre querida,
de mis palabras
arrepentida;
que por el hijo de sus entrañas
no hay una madre que no consiga
secar los mares y hundir montañas.

PALMIRA. Amor de mis amores.

BLANCA. Madre del alma,
sediento de cariño
mi pecho está.

PALMIRA. Yo te traigo un tesoro
de amor.

BLANCA. Tus besos
que siempre me faltaron
al fin vendrán.

PALMIRA. Yo calmaré
tu sed y mi sed.

BLANCA. (Besándola). Besar.
besar...
¡tu amor gozar!

PALMIRA. ¡Unidas por siempre así!

BLANCA. ¡Siempre!
Besar.

PALMIRA. Bésame.
BLANCA. Besar.
PALMIRA. Bésame.
BLANCA. ¡Tu amor gozar!
LAS DOS. ¡Unidas por siempre así!
PALMIRA. Yo fuí tu amparo,
tú mi consuelo.
LAS DOS. Y en la desgracia
nos une el cielo.
BLANCA. Por ti rezaba sin conocerte.
LAS DOS. Ya nuestras almas están unidas
y así el cariño será más fuerte.
BLANCA. De reyes es mi sangre;
la lucha siempre
me da valor.
Consuelo á mis pesares
lo espero sólo
de vuestro amor.
PALMIRA. Al que tú quieras quiere,
que nadie pueda
mandar en ti,
y si es preciso muere
como tu padre
murió por mí.
LAS DOS. Luchemos contra todos,
hija / madre del alma,
jamás sacrifiquemos
la libertad.

(Abrazadas por la cintura empiezan á marchar hacia la derecha, por donde desaparecen. En este momento empieza á descender muy lentamente el telón de cuadro.)

LAS DOS. Gocemos la soñada
felicidad... (Vanse.)
PALMIRA. (Dentro.) Ya ves ahora
que en su conseja
no te engañaba
la pobre vieja.
LAS DOS. (Dentro.) Y por el hijo de sus entrañas...

(Piérdese la voz. La orquesta acaba la frase al tiempo en que el telón cae por completo. Breve pausa y empieza el número siguiente. El telón se levanta de nuevo apenas ha llegado á tocar las tablas.)

CUADRO CUARTO

Plazoleta con estatuas en el jardín de palacio. Es de día.

ESCENA X

El Rey está sentado, meditabundo y triste, en un sillón en segundo término izquierda. Tras él el Chambelán de pie; á su derecha, también de pie, el Mayordomo. Esta escena es puramente musical. El Mayordomo hace una seña y salen por la segunda derecha doncellas y esclavas que se adelantan hacia el Rey, saludan y empiezan á danzar. Concluído el baile, que ha presenciado el Rey sin dar la menor muestra de agrado, las bailarinas vuelven á saludar y quedan inmóviles.

Hablado.

REY. Retiraos; la danza es agradable,
pero no puede distraer mi pena.
(Nueva reverencia de las mujeres que se van por donde vinieron.)

ESCENA XI

EL REY, EL CHAMBELÁN, EL MAYORDOMO.

MAYORD. ¿Queréis ver los juglares?
REY. No; no quiero.
Quédese aquí sin concluir la fiesta;
que es inútil buscarme diversiones
que calmen el dolor que me atormenta
porque sólo hay dos cosas, dos remedios
que servirme de bálsamo pudieran
y de los dos ninguno podéis darme.
MAYORD. Decid cuáles.

REY. El uno es que mi nieta
cese en su terquedad y dé su mano
á Girasol, para acabar la guerra;
y el otro es encontrar á aquel labriego
para hacerle morir en mi presencia,
y así arrancar del corazón de Blanca
la esperanza de amor que la da fuerzas.

MAYORD. En vano se le busca. Todo el reino
se ha recorrido ya, villas y aldeas,
y el zagal no parece. Acaso el diablo
se lo ha llevado, ó le tragó la tierra.
Escapó de la cárcel, no se sabe
con qué artificio, sin forzar las puertas,
perdióse el rastro y nadie le delata
aunque se ha puesto precio á su cabeza.

REY. Ya lo sé. La desgracia me persigue
y ni vengarme puedo. (Al Chambelán.) Id, y que [vengan
las dos mujeres. (Vase el Chambelán por la izquierda.)

MAYORD. ¿Qué intentáis?

REY. Hablarlas.
Seguiré peleando hasta que muera.

MAYORD. Si no las convenceis, ese maldito
príncipe Girasol ha de dar cuenta
de estos Estados.

REY. Sí; son cada día
peores las noticias de la guerra.
Son duros y valientes mis soldados,
pero arrollados por la masa inmensa,
¿qué han de hacer? Retroceden. Dos jornadas
sólo á esas huestes bárbaras les restan
para llegar aquí. De este palacio
tal vez no quede piedra sobre piedra.

MAYORD. ¿Quién sabe? Acaso Mirto, vuestro aliado,
que juró conquistar á la princesa
sirviéndola rendido, llegue á tiempo
de unirse á nuestras tropas.

REY. Y si llega,
¿qué importa á Girasol? Aún es más fuerte
que los dos, y que veinte que se unieran.
Sólo mi Blanca puede ser el dique
que de esas hordas la irrupción contenga.

ESCENA XII

DICHOS, BLANCA, PALMIRA. Al fin UN PAJE.

PALMIRA. ¿Nos llamabais, señor?
REY. Llegaos ambas.
(El Mayordomo saluda y vase. Palmira y Blanca se acercan un poco.)
PALMIRA. Si es para oiros amenazas nuevas
excusaos de hablar; en nuestro encierro
los lazos que nos unen más se estrechan
cada día, y las penas no los rompen.
El silencio será nuestra respuesta.
REY. No quiero amenazaros. Sabes, Blanca,
que Girasol me declaró la guerra,
como á ambos prometió.
BLANCA. Lo sé.
REY. Pues vence
sin cesar á mi ejército. Se acerca
victorioso á la corte, y sus deseos
después del triunfo logrará por fuerza.
BLANCA. No podrá. Moriré, pero su esposa
no he de ser nunca.
PALMIRA. Si preciso fuera,
yo encontraré la daga que la sirva
de su honor y su amor para defensa.
REY. ¡El reino se hundirá!
BLANCA. Y eso ¿qué importa?
REY. Derrota y cautiverio nos esperan.
BLANCA. Dios nos amparará.
REY. ¿Y ésa es tu firme
y última decisión?
BLANCA. Abuelo, es ésa.
REY. Sí; tu abuelo, es verdad. ¡No hay duda que [eres
de mi raza! ¡Que el cielo nos proteja!
(Sale un Paje por la derecha precipitadamente.)
PAJE. ¿Dais licencia, señor?
REY. Habla.
PAJE. Ahora mismo
lucida tropa de guerreros llega

del campo de batalla.

REY. ¡Huyendo vienen!
¡No hay esperanza ya!

PAJE. Son gratas nuevas
las que traen. Es el triunfo lo que anuncian.

REY. ¿Nuestro triunfo?

PAJE Y muy grande. Según cuen-
[tan,
el príncipe enemigo es prisionero.

REY. ¡El!... ¡Entren todos ya! ¡que el rey espera!
(Vase corriendo el Paje.)

ESCENA XIII

EL REY, PALMIRA, BLANCA, DAMAS, ESCLAVAS, PAJES. Luego TONÍN, MIRTO, GUERREROS.

Música.

(Á los primeros compases salen por la izquierda damas, esclavas y pajes que se agrupan en el fondo del mismo lado por donde salen, á respetuosa distancia del Rey. Poco después entran por la última derecha Mirto, Tonín y los guerreros. Todos ciñen mandoble y visten cota con media armadura y casco de celada. Al formar ante el Rey, con Mirto al frente, desnudan las espadas y levantan las viseras, excepto Tonín, que sigue entre el grupo y no se descubre el rostro. Sus arreos de guerra son exactamente iguales á los de los demás.)

GUERRER. En sangre de enemigos teñidas las espadas,
cansadas y rendidas del rudo batallar,
nos siguen victoriosas tus huestes extenua-
[das
que al Rey por quien lucharon la gloria van á
[dar.
Y después de pelear
vuestra grey,
viene ansiosa de gritar
¡viva el Rey!

MUJERES. ¡Viva el Rey!

TODOS. Al fin lució el iris de la paz,
cesó por fin la triste humillación;
huyó cobarde el invasor audaz,

triunfante ya flamea tu pendón.
Al que pruebas dió
de fidelidad
déle el galardón
vuestra majestad.

Hablado.

REY. Fieles paladines, fuertes
guerreros, sed bien venidos;
vuestro valor ha salvado
mi trono de un gran peligro.
Rechazado en la batalla
el que se creía invicto,
de mi ejército triunfante
crecen honor y prestigio.
El galardón por la hazaña
será de vosotros digno...
pero no le hallo bastante
para vos, príncipe Mirto,
á quien debo generosa
ayuda.

MIRTO. Señor, mi auxilio
fué inútil, porque las huestes
que puse á vuestro servicio
sólo á gozar la victoria
llegaron. Ya el enemigo
huía dejando el campo
cuando al combate acudimos.
El triunfo se debe á vuestros
campeones; mejor dicho,
sólo á uno que, de pronto,
cuando rotos y vencidos
iban vuestros escuadrones
á despeñarse al abismo
de la derrota, saliendo
de entre las turbas, altivo,
fiero, arrogante y terrible,
fué valeroso caudillo
que dió aliento á los cobardes
y á los dispersos rehizo.

REY. ¿Quién es?

MIRTO. (Señalando á Tonín.) Ese.

REY. Caballero,
avanzad y descubríos.
(Tonín avanza, pero continúa cubierto.)
MIRTO. No lo hará; ya le rogamos
una y mil veces lo mismo
y ni habla ni se descubre.
Sin duda algún voto hizo
de permanecer callado
y con el rostro escondido.
REY. Respetémosle. (A Tonín.) Quien quiera
que seais, confieso y digo
que os debo corona y vida,
y que habéis devuelto el brillo
empañado de mis armas.
No en premio del heroísmo,
sino por honrar mi reino,
os doy el libre dominio
de los castillos y tierras
del ducado de Albolirio.
Noble sois, si erais villano.
Si erais pobre, ya sois rico.
(Pausa. Tonín saluda con una reverencia y vuelve á unirse al grupo de guerreros, sin alzar la visera. El Rey se dirige á Blanca.)
Blanca, en día tan solemne
en que los hados propicios
me dan el triunfo y la gloria,
dame tú lo que te pido:
el consuelo de que el trono
ocupe un príncipe digno
de ti...
BLANCA. Señor, aunque quiera,
mi corazón ya ha elegido.
REY. ¡Pero eligió un imposible!
(Á Palmira.) Señora, ved que es castigo
bastante para un monarca
humillarse, y yo me humillo
hasta pediros apoyo.
PALMIRA. Señor, no puedo serviros,
porque las madres no buscan
la desgracia de sus hijos.
REY. (Airado.) ¡Basta! No suplico, ordeno.
Blanca del príncipe Mirto

será esposa.

BLANCA. ¡No!

REY. ¡Mañana!
(Á Palmira.) Y vos iréis ahora mismo
recluída á un monasterio.

BLANCA. No irá sola, ¡irá conmigo!
que en la historia verdadera,
como en la conseja, he visto
que es el amor de las madres
inagotable, infinito,
¡el más grande de la tierra,
porque llega al sacrificio!

(Tonín avanza resueltamente hasta ponerse en primera línea de guerreros.)

TONÍN. Perdonad, señora; hay otro
tan grande como ése. (Descubriéndose.) ¡El mío!

BLANCA. ¡Tonín! (Con grandísima alegría.)

MIRTO (Asombrado.) ¡El loco!

TONÍN. No; ahora
soy el duque de Albolirio,
dueño y señor de vasallos,
de tierras y de castillos
que por ti, por alcanzarte,
por ser de una infanta digno,
dos veces venció á la muerte
y mil veces al destino.

REY. ¡Tú!

TONÍN. Rey Florián, perdonadme;
y pues antes habéis dicho
que os di el trono, dadme en cambio
el galardón á que aspiro.

BLANCA. Ceded, abuelo; ¡es mi dicha!

PALMIRA. Ceded, señor; ¡Dios lo quiso!

(El Rey vacila un momento.)

REY. ¡Sea! Pues que Dios lo quiere,
respetemos sus designios.

(Tonín, alborozado, pasa á unirse al grupo de Blanca y Palmira.)

¡Declaré al amor la guerra
y es más fuerte! ¡Me ha vencido!

Música.

TELON

OBRAS DE SINESIO DELGADO

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.

El Grillo, periódico semanal, ídem íd. íd.

La gente menuda, ídem íd. íd.

El baile de máscaras, ídem íd. íd.

Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

La señá Condesa, juguete cómico en un acto y en verso.

La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.

La moral casera, comedia en dos actos y en verso.

La lavandera, sainete en un acto y en verso.

Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La obra, juguete cómico en un acto y en verso.

El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La revista nueva ó la tienda de comestibles, sátira en un acto en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.

La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.

Sociedad secreta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con don Carlos Arniches, D. Celso Lucio y D. Fernando Manzano, música del maestro Brull.

La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.

Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.

La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto en prosa y verso, música del maestro Marqués.

La reina de la fiesta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Torregrosa.

Los inocentes, revista en un acto en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.

La madre abadesa, boceto lírico en un acto en prosa y verso, música de los maestros Brull y Torregrosa.

La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.

Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.

El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La espuma, comedia en un acto y en prosa.

El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.

Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Montero.

Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.

El siglo XIX, revista lírica en un acto en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva y D. Carlos Arniches, música del maestro Montesinos.

Jaque á la Reina, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montero.

Don César de Bazán, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro ontero.

Tierra por medio, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Chapí.

¿Quo vadis?, zarzuela de magia disparatada en un acto en verso y prosa, música del maestro Chapí.

Las caramellas, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Morera.

¡Plus ultra! (segunda parte de la zarzuela de magia disparatada *¿Quo Vadis?*), en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La leyenda dorada, revista fantástica en un acto en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Su Alteza Imperial, zarzuela en tres actos en verso y prosa, música de los maestros Vives y Morera.

El rey mago, cuento para niños en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La obra de la temporada, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Valverde, hijo.

El placer de los dioses, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Pérez Soriano.

El paraíso de los niños, zarzuela fantástica infantil, en un acto, prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches, música del maestro Valverde, hijo.

La tribu malaya, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Vives.

La infanta de los bucles de oro, cuento infantil, en cuatro cuadros y en verso, música del maestro Serrano.

Precio: UNA PESETA